

**III Jornades Doctorals d'Antropologia Departament d'Antropologia Cultural i Història  
d'Amèrica i Àfrica**

**Facultat de Geografia i Història – Universitat de Barcelona.  
Barcelona, 5 i 6 de juny de 2013**

**Aprendiendo de los caciques**

**Ignacio Iturralde Blanco**

*iturralde@ub.edu*

**Resumen:** Esta ponencia versa sobre la dificultad de investigar un tema tan escurridizo y oculto como son los sistemas políticos informales, las vías que los caciques emplean para suplantar al (imaginado) Estado democrático de Derecho y los medios con los que aglutinan a sus clientelas (pan, palo y símbolos). De todo ello, las conclusiones que se pueden extraer transitan entre dos planos: en primer lugar, desde la metodología, mi objetivo es demostrar que el antropólogo es el investigador social que está en mejor disposición de abordar un objeto de estudio como el caciquismo, gracias sobre todo al método etnológico. Siguiendo a Knight, ello requiere de dos competencias profesionales de corte geertziano: la capacidad de inmersión y la descripción densa (Knight y Pansters, 2005). Cierta dosis de fortuna y un punto de arrojo también deben entrar en la ecuación. Además, un breve repaso por las aproximaciones teóricas más destacadas (desde la ciencia política, la economía política, la historia, la antropología, etc.) servirán para contextualizar los estudios similares. De esta manera, se va a realizar una revisión crítica y abierta a la posición teórica que sostiene la ausencia de Estado y a la del concepto de intermediación, apuntando hacia la integración y la continuidad de lógicas, discursos y prácticas entre los diversos actores políticos, tanto locales como de fuera de las comunidades.

**Palabras claves:** Caciquismo, patronazgo, sistemas políticos informales, método etnológico

*Aprendiendo de los caciques* es el título de esta ponencia. Lo primero que me gustaría resaltar es el uso del gerundio. Aprendiendo. Dicho uso denota un estado durativo que todavía perdura. Bien, pues el objetivo de esta plática, lo mismo que de mi disertación doctoral, no es otro que llegar a aprender algo sobre los caciques. Caciques, dicho sea de paso, en el sentido moderno del término,

en la acepción que desde este lado del Atlántico devolvimos a América: la de la corrupción política y la del poder desmedido. Porque no hay que olvidar que ‘cacique’ se trata de un significante de ida y vuelta, con una genealogía taína que nos remonta hasta la época colonial y a su uso extensión como etiqueta de clasificación política. Pero guardémonos mucho de establecer cualquier solución de continuidad, si nos atenemos únicamente al aspecto exterior y no al contenido de dicho concepto. Hecho este inciso etimológico, insisto en mi objetivo de aprender algo de los caciques y de los que ya lo han hecho antes que yo. No en vano, entiendo la labor del antropólogo muy próxima a la del filósofo en el mismo sentido con el que Pitágoras acuñara ese término, a saber, al amor por el saber, a la capacidad de asombro ilimitada del niño al que el mundo le enseña, el mundo en el sentido más amplio de la palabra. Aprender y compartir lo aprendido. Magnas tareas, nada baladíes. Ni tampoco sencillas.

La antropología no es un aprender superfluo, un aprender por hábito –aunque nuestro hábito sí sea aprender–, sino que es una actividad consciente y dirigida. Es en este punto en el que me gustaría detenerme un segundo. Es necesario tener un método para que esa pasión por el aprendizaje se convierta en una actitud científica. Y es también, la elección consciente y previa de ese principio director algo que debe ajustarse al objetivo que perseguimos al iniciar una investigación. Más aun. Es esta misma elección la que va a determinar en gran medida el éxito de la empresa, en tanto que ella misma se convierte en lo que en filosofía de la ciencia se conoce como carga teórica. Además, la adopción de una vía u otra va a determinar el tipo de información al que vamos a tener acceso y del que vamos a intentar extraer conocimientos.

Como dijo Newton<sup>1</sup>, refiriéndose sobre todo a Copérnico, caminamos a hombros de gigantes. A grandes rasgos, estos gigantes han aplicado al estudio del caciquismo metodologías que se pueden dividir en tres grandes grupos: el sociológico, el etnográfico y el histórico o etnohistórico, si se prefiere. Pues bien, vamos a invocar a unos cuantos gigantes.

En primer lugar, llamaremos a la palestra a Joaquín Costa, el jurista aragonés. *Oligarquía y caciquismo como la forma de gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla* (Costa, 1969; Costa, 1982). Título locuaz donde los haya. Se trata, también para la cuestión del caciquismo en la actualidad, una obra capital en la que, sobre todo en el segundo volumen de los testimonios, se anticiparon muchas de las ideas sobre las que más adelante teorizaron Campbell o Gellner, entre otros. Es, asimismo, la obra representante del que, a falta de otro calificativo más atinado, he denominado método sociológico. Porque Costa llevó a cabo en 1901 su Encuesta en el Ateneo madrileño enviando una memoria a 171 intelectuales de todo el espectro político de la Restauración,

---

<sup>1</sup> Expresión escrita por Isaac Newton en una carta a Robert Hooke, hacia el año 1675.

de los cuales 47 le contestaron por escrito y 10 oralmente. No se piense que lo que envió fue un cuestionario de los que nos hacen por teléfono para pulsar, pongamos por caso, nuestro sentimiento sobre la corrupción política; es decir, un cuestionario pensado para facilitar la recolección de datos y diseñado por estadísticos para evitar cualquier sesgo. Bien al contrario, su memoria como el título, expone de forma clara y meridiana la opinión del propio Costa sobre el sistema político español de aquel entonces. Fue, en definitiva, una invitación a la militancia política en un momento de gran convulsión y desasosiego. Su método, aunque pueda parecer algo apasionado para fines académicos –y hasta algunos lo consideren equivocado–, es coherente con su intención política, a saber, la revolución desde arriba, la regeneración y la erradicación del caciquismo. Una de sus principales conclusiones de esta empresa investigadora es que en la España de los albores del s. XX existía todavía un feudalismo inorgánico de los caciques que, amparados por la autonomía de la Ley Municipal, superponían al Estado de Derecho otro "consuetudinario", a cambio de la manipulación de los votos. De esta forma, Costa denunciaba que no existía entonces ni Parlamento, ni partidos políticos, sino sólo oligarquías escondidas bajo el ropaje ideológico del Gobierno representativo. En consecuencia, la realidad política de aquellos años la definía como un régimen oligárquico servido por instituciones aparentemente parlamentarias.

En segundo término, me gustaría traer a colación la obra colectiva coordinada por Roger Bartra. *Caciquismo y poder político en el México rural* (Bartra et al., 1980). Los diferentes estudios que la componen se llevaron a cabo mediante el método etnográfico, pasando los investigadores periodos de diversa duración en el campo. Es, por tanto, una obra multitudinaria resultado de un proyecto de investigación de los años 1972 y 1973 en el que participaron antropólogos, sociólogos y economistas. Engloba varias regiones de México, como la Sierra Norte de Puebla, pero la gran mayoría de los estudios versan sobre el Valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo. Tiene un enfoque marxista clásico, presente sobre todo en la introducción del propio Roger Bartra y que sirve de guía teórica para el resto de investigadores. Frente a otras formas directas de dominación, allí se define el caciquismo como una estructura de mediación que defiende los intereses de la burguesía agraria. Es resultado de la Revolución mexicana y su reforma agraria, llegando el autor a hablar de cesarismo democrático. En mi opinión, esta obra comparte un error de apreciación con la anterior. Ambos, Bartra y Costa, aunque por razones ideológicas y teóricas divergentes, consideran que el capitalismo acabará erradicando el sistema político del caciquismo –una asociación causal negativa que, lamentablemente, hoy sabemos que no se puede establecer–. Si para el antropólogo mexicano de origen catalán, el caciquismo es una estructura en crisis que ya ha entrado en contradicción con el desarrollo del sistema de producción capitalista, frenando su inevitable desarrollo, para Costa, este es una supervivencia o, si se prefiere el oxímoron, un nuevo feudalismo del que Europa, esa

idea burguesa y capitalista que tiene de ella, va a salvarnos. Pero el caciquismo ha demostrado ya, desde el instante en que sigue operante en ciertas comunidades rurales que yo he etnografiado en esta segunda década del s. XXI, una gran capacidad de adaptabilidad, local y económica, tanto en términos de infraestructura (narcotráfico) como de superestructura (etnicidad). Por tanto, la superposición de sistemas políticos, unos “de cara a la galería” formales y supuestamente legítimos, mientras los que operan son unos informales, subterráneos y en gran medida incontrolados, opera desde los inicios del sistema democrático e independientemente del sistema de producción que domine.

En tercer lugar, una obra clásica sobre el caciquismo postrevolucionario mexicano es *Agrarian Revolt in a Mexican Village* de Paul Friedrich (Friedrich, 1970). Se trata de una monografía sobre la comunidad rural mexicana de Naranja, en el estado de Michoacán. Es un estudio antropológico pero a la vez muy histórico sobre los hechos sociales que culminaron con una vasta cesión de tierras entre 1924 y 1925. La obra se centra en la figura de los intermediarios políticos en la época post-revolucionaria en el que se estaba llevando a cabo la reforma agraria. Paul Friedrich, en un trabajo de campo de 18 meses entre 1955 y 1958, hace un análisis desde los estudios campesinos, muy en boga en los setenta, centrándose en el origen de la reforma agraria, las políticas de propiedad de la tierra, así como en la formación de una ideología campesina, en las técnicas de revuelta agraria y la relación de todo ello con el Estado. Fundamentalmente, lo que Friedrich registra es la aparición de un nuevo cacique rural, Primo Tapia, que sustituye a la familia mestiza que controlaba el acceso a la tierra. Un cacique que se inviste de la ideología revolucionaria de izquierdas y que, de forma violenta, pone en marcha una revuelta "social" para favorecer sus propios intereses. Esta obra es la representante del método histórico, en tanto que Friedrich realizó, sobre todo, una labor de investigación del pasado, puesto que dicho cacique revolucionario había sido asesinado casi 30 años antes de que él se instalara en Naranja.

Prosigamos con una última parada en esta breve revisión metodológica de los estudios sobre caciques. Se trata de la obra coordinada por el historiador Alan Knight de Oxford y el antropólogo Wil Pansters de la Universidad de Utrech: *Caciquismo in Twentieth-Century Mexico* (Knight y Pansters, 2005). Se trata de un caso en el que el diseño metodológico, desde mi punto de vista, está ligeramente forzado por el objetivo de la investigación. Y me explico. Probablemente por la constatación anterior de que el caciquismo sigue vigente en el México postrevolucionario y capitalista –además de, muy posiblemente, otras cuestiones académicas que no vienen ahora al caso–, el interés de este grupo de investigación fue ampliar el fenómeno del caciquismo, tanto temporal como geográficamente. Así, se quería evitar la concentración habitual de estos estudios en la época revolucionaria y en el México más rural. Partiendo así de la definición clásica de cacique,

se resaltó la función mediadora que realiza. El resultado de este ejercicio teórico es, en mi modesta opinión, algo insatisfactorio puesto que aparecen, así, caciques en todo tiempo y lugar. Empezando por la concepción del propio presidente de la República como el máximo cacique nacional, se insertan hasta cinco tipologías de caciques en todas las intersecciones o puntos de contacto entre diversos niveles jerárquicos, hasta llegar al cacique comunitario o rural, el tradicionalmente considerado e investigado. Caciques políticos, caciques urbanos, caciques sindicales, caciques cristeros, ejidales, institucionales, y hasta caciques universitarios. Hay, sin embargo, una idea de continuidad entre los diversos estamentos y actores legales que me parece interesante rescatar. También es notable la teoría del caciquismo como un fenómeno social de gran durabilidad con una gran capacidad de ajustarse a los cambios políticos, sociales y económicos y que, justamente por ello, es capaz de adoptar múltiples y variadas formas. Dificultades teóricas, desde nuestra labor de investigación social, para su definición y análisis.

Además, y sin género de dudas, el estudio introductorio de esta obra establece el más completo estado de la cuestión hasta la fecha de su publicación en 2005. Algo que supone otro gran desafío teórico, ya que ahora lo que hay que hacer es empujar esos hombros de gigantes, algo que se me antoja titánico, puesto que nuestra pretensión deber ser desplazar, ni siquiera un ápice infinitesimal, el avance teórico sobre la materia que nos ocupa. Además, en ese mismo estudio hay una profunda reflexión metodológica y epistemológica. Aunque escrito por un historiador, Knight reconoce que hacen falta dos competencias etnográficas de corte muy geertziano para realizar un buen trabajo de investigación sobre el caciquismo: la capacidad de inmersión y la descripción densa. Cierta dosis de fortuna y un punto de arrojo, sostengo yo, también deben entrar en la ecuación. Al menos, si se pretende emplear el método etnográfico y no solo el etnohistórico. Tal ha sido mi caso. Porque, como reconoce Knight, no es fácil aprender de los caciques dada la informalidad del tema, así como la necesidad de meterse en un terreno que no es ni demasiado agradable ni muy seguro. Doy fe de ello.

Y para terminar, unas cuantas preguntas abiertas que, lanzadas así al aire, espero inciten a su reflexión: ¿es la del cacique una posición estructural condenada a ser ocupada, es decir, un mal necesario, como lo consideran Unamuno y Ramón y Cajal? ¿Hay, por tanto, caciques buenos, como sostiene Knight (Knight, 2000), o los “buenos caciques” son los que mejor engañan y más silenciosamente someten a sus poblaciones? ¿Cuál es la característica que define de forma exclusiva al cacique: es el nepotismo, el control corrupto del acceso a unos recursos, la manipulación política, el monopolio local de la violencia o una combinación única de las anteriores? ¿Es el caciquismo un fenómeno político local, en ese caso español, como creía Costa, o se trata de un fenómeno transnacional con tintes locales, como demostraba Doña Emilia Pardo Bazán con su erudita

respuesta al anterior? ¿Son los caciques resultado de una incompleta centralización política del Estado, como defiende Unamuno y después Gellner? ¿Es, por tanto, el cacique una figura que está fuera o en los márgenes del Estado o, por el contrario, es otro eslabón insertado en él? ¿Es la intermediación una condición necesaria para poder hablar de caciquismo? ¿Y, por último, cómo se puede abordar este mismo tema desde una perspectiva procesual, sin caer en la trampa de su inevitabilidad?

Aquí lo dejo.

#### Referencias bibliográficas:

- BARTRA, R., BOEGE, E., CALVO, P., GUTIÉRREZ, J., MARTÍNEZ, V. y PARÉ, L. (1980) *Caciquismo y poder político en el México rural*. México, D. F.: Siglo XXI.
- COSTA, J. (1969) “Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España” en (ed.) *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*. Madrid: Alianza Editorial: 15-46.
- (1982) *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España*. Zaragoza: Guara Editorial.
- FRIEDRICH, P. (1970) *Agrarian Revolt in a Mexican Village*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- KNIGHT, A. (2000) “Cultura política y caciquismo” en *Letras Libres*, 24: 16 - 21.
- KNIGHT, A. y PANSTERS, W. (eds.) (2005) *Caciquismo in Twentieth-Century Mexico*. London: Institute for the Study of the Americas.